

do, á saber, que los pueblos, tristemente engañados de la impotencia y de la esterilidad de las doctrinas filosóficas, se han visto y se ven precisados á recurrir á las comunidades religiosas y á las asociaciones católicas para el ejercicio de la beneficencia pública. Á estos les sucede lo que á su ídolo Juliano el Apóstata al pretender que su resucitado paganismo ejerciese la beneficencia que envidiaba en los cristianos. Se convenció de que aquel solo era poderoso para admirarla.

¿No hemos visto en nuestros dias á los ingleses *protestantes* llevar á las *Hermanas católicas* de la Caridad á sus hospitales militares para ponerlos á la altura de los de Francia, despues que ellos han intentado en vano formar Hermanas de la Caridad como aquellas? ¿No hemos visto al Gobierno *cismático* ruso encargar á las Hermanas de la Caridad de la *católica* Polonia el cuidado de los soldados enfermos ó heridos en Sebastopol (*)? ¿No vemos al turco mismo llamarlas

(*) «Los mismos periódicos protestantes abrumados por la evidencia no pueden menos de confesar la inmensa caridad del Catolicismo y sus actos heroicos comparándolos con la desapiadacion, cobardía y abandono de la humanidad doliente y afligida por la Iglesia reformada. «Ved aquí en qué términos se expresa el *Weekly Despatch*, periódico protestante de numerosa suscripcion publicado en Londres. Despues y con ocasion de hablar de la muerte gloriosa del arzobispo de París monseñor Affre, que pereció víctima de la caridad, dice:

«En América solo en los templos católicos se ve al amo al lado de su esclavo arrodillados ambos al pié de un mismo altar. En Irlanda cuando se hallaba el cólera en su período de mayor recrudescencia, cuando arreclaron con mas furor las calenturas que produjo el hambre, caian las sociedades católicas á centenares bajo aquel terrible azote, pero fieles á su deber y llenas de ardor, nunca dejaron de prodigar sus auxilios al pueblo infeliz. (¡Qué homenaje á la verdad!). Nosotros ni nos detendremos en preguntar qué oraciones rezaban, no examinaremos con curiosidad cuál era la forma de sus creencias ni la copa de su fanatismo. Por los frutos es por donde queremos conocerlos. Llámeseles en buen hora herejes, idólatras y supersticiosos, perniciosos y destructores de almas; en cuanto á nosotros, les vemos respetando al esclavo, consolando al pobre y desvalido, alentando el corazón desgarrado del miserable labrador que está muriéndose de hambre (prueba del pauperismo), y ganando las bendiciones prometidas por el Señor á los que procuran la paz, despreciando intrépidos el fuego mortífero del cañon, y arrojándose sin temor en medio de personas desenfrenadas, de combatientes enfurecidos. No, no es por cierto esta clase de sacerdotes á la que damos un nombre injurioso (*Priest craft-arté sacerdotál*); no, la astuta malicia no arrostra tan fácilmente el cólera, el charlatanismo no se acerca tanto á la cabeza del moribundo, y la hipocresía fastuosa mas bien se encuentra en un festin que en una lucha como la del arrabal de San Antonio.

«¿Y qué hacian nuestros obispos anglicanos durante este tiempo...?» Y despues de presentarlos dedicados exclusivamente á asuntos de la

médicos y venerarlas como bajadas del cielo? ¡Oh, qué espectáculo tan glorioso para la religion católica! ¡La herejía, el cisma y el mahometismo mendigando de ella esos ángeles del consuelo, convencidos prácticamente de su impotencia para producirlos, y reconociendo en el mismo hecho que la caridad sublime y heroica es una planta exclusivamente católica, que solo brota en el terreno de la verdadera Iglesia de Jesucristo (*)!

Y dirigiendo nuestra consideracion á los resultados sociales, ¿no influirá tambien poderosamente en el buen gobierno y tranquilidad de los Estados una virtud que como la de la caridad mueve al hombre á hacer á todos el bien y á ninguno el mal? ¿una virtud que quiere extirpar de raíz el crimen arrancando sus gérmenes? Efectivamente, la caridad destruye la ambicion, la envidia, el odio, la venganza y demás focos de los delitos. Esta preciosa virtud universalmente practicada convertiria la tierra en un verdadero paraíso, y haria tambien innecesaria toda legislacion penal, así como la falta de ella la hace indispensable y necesaria. Habria paz entre las naciones, porque la caridad entraña un vivo espíritu de cosmopolitismo y hace desaparecer el espíritu local, el espíritu parcial de nacion (**): siendo además incom-

mas sórdida avaricia, completamente olvidados de la indigencia y de la pobreza, continúa: «¿Quién es el jefe de cruzada contra la embriaguez? Un sacerdote católico, el P. Matew. ¿Quién ha sugerido la idea y tomado la dirección del comité sanitario? Southvorth, el predicador unitario. ¿Quién ha fundado escuelas para los niños pobres? Los disidentes (es decir los católicos). ¿Trátase de exponerse á los peligros de una enfermedad acaso contagiosa asistiendo al pobre, de disipar la ignorancia de la religion de los inmundos asilos del vicio? ¿Quién se atreve á hacerlo? ¿Qué obispo, qué rector, qué dean, qué párroco de la Iglesia del Estado se encontrará ocupado en semejantes obras? ¿Obligados por la caridad activa de los disidentes á cumplir con algun deber de cristiano, exigen al vulgo insensato de la Iglesia anglicana que pague unos miserables salarios á los que llaman misioneros de la ciudad, al paso que ellos asisten tan solo á los feligreses ricos; ejercen el Cristianismo por procura.»

(*) Cuando el general Mayran ofreció al Gobierno cismático de Grecia, antes de partir para Crimea, el dejarle los médicos y las Hermanas de la Caridad del ejército francés para que asistiesen á sus coléricos, dándole las gracias aceptó únicamente las Hermanas de la Caridad diciendo: «Los médicos podremos encontrarlos donde quiera; pero *estas* no las hallaremos en ninguna parte si vos no nos las dais.»

(**) El amor de la patria ó el nacionalismo es una perfeccion en su género, pero no lo es en todo género ó de un modo absoluto. Es una virtud condicional y suplementaria de la del cosmopolitismo á que aspira la Religion, y que hasta ahora ha hecho desgraciadamente imposible la condicion degenerada del hombre.

patible con la envidia, con el temor, con la desavenencia y con la discordia, gérmenes de las guerras nacionales; habria paz entre las familias, porque la caridad hace de todas una sola; y habria paz entre los individuos, porque la caridad los une á todos con el sagrado vínculo de hermanos.

De la fe y de la esperanza, virtudes que tienen por objeto á Dios, y de la caridad, esa virtud eterna y la única que en su inmenso ámbito abraza á Dios, al prójimo y á sí mismo, pasemos á hablar de aquellas virtudes, de las cuales el objeto inmediato es el mismo que las practica.

Continuando en nuestro propósito de demostrar de cuán grande utilidad ha sido y es para el hombre, aun en los cortísimos días de esta vida miserable, y para la sociedad la doctrina evangélica, hablaremos de las virtudes mas principales; de aquellas que vindicó el Cristianismo, oponiéndolas á la vez como poderoso dique á los vicios mas dominantes y abominables del Gentilismo y de la Incredulidad.

CAPÍTULO III.

VIRTUDES MORALES.

Dos son los móviles ó los puntos de partida de las opiniones de los hombres: la razon y las pasiones. El principio ó móvil de la razon es el verdadero, el legítimo; el de las pasiones es falso é ilegítimo. Cuando la razon pura impulsa al hombre, entonces su pensamiento y su accion, resultados de este impulso, son una verdad y una afirmacion: cuando el hombre obra ó discurre por el órgano de las pasiones, entonces su pensamiento y su accion son una falsedad y una negacion.

En el Paganismo, en que las pasiones se habian apoderado exclusivamente, arrebatándosele á la razon, del derecho de guiar y dirigir al hombre y ser la única regla de su conducta; en que la razon gemia oprimida bajo el peso de las pasiones; en que el espíritu se veia arrastrado por el suelo por la materia; en que habia desaparecido el hombre transformándose en bruto, por haber pasado, segun la enérgica expresion de un autor moderno, *toda inteligencia á los sentidos*; en el Paganismo, repetimos, estos principios, estas

opiniones, estas creencias; mas las leyes, los usos, las costumbres, la moralidad, la idea de lo justo é injusto, lícito é ilícito, ó la conciencia pública, los criterios de verdad, todo, todo debió estar necesariamente trastornado, arrancado de su base, y violentamente extraido de su natural y verdadero modo de ser. Así que, lo mismo que las pasiones humanas, su foco generador y origen comun, en conformidad con la ley constante de la naturaleza (1), los principios, las opiniones y las creencias no pudieron entonces menos de ser violentas, innobles, soeces y rastreras como su ovario, inícuas y bárbaras las leyes, obscenas las costumbres, la moralidad un cadáver víctima del sensualismo, y extraviada la conciencia pública, la idea, el juicio, y la calificacion que debe hacerse de la bondad ó malicia de las acciones del hombre. En fin, la ética completamente trastornada. La Academia, el Liceo, el Pórtico; las escuelas mas sábias de Grecia y de Roma claudicaron lastimosamente, y erraron en mayor ó menor grado en este sentido. «De virtud, dice «Lactancio (2), solo retuvieron el nombre; se extraviaron «en cuanto á su verdadera índole, naturaleza, significacion «y efectos.»

Entonces se presenta el Cristianismo hablando no ya á las pasiones sino á la razon, no al cuerpo sino al espíritu; despoja á las pasiones del derecho que habian arrebatado á la razon de guiarle, restableciéndola en el mismo; se apodera de la inteligencia humana, la regula, la modera, la ilumina, y la asienta sobre su verdadera base para que no yerre mas en la calificacion y juicio que en adelante forme de las acciones y de las cosas. Estas fueron ya lo que realmente eran y no lo que se las hacia ser.

Extraviada la razon humana por la prevaricacion adámica, y subyugada por las pasiones que se desbordaron, nada tuvo de extraño que el hombre fuera de la fe, fuera de la revelacion, fuera del orden sobrenatural, olvidase los principios de moralidad, formase un juicio errado de todo, removiendo de su base la filosofía, y constituyéndola por su punta (3). Pero el Cristianismo corrige este extravío, este

(1) El efecto es semejante en naturaleza á su causa.

(2) «Nomen itaque solum retinuerunt, vim vero et rationem et effectum perdidierunt.» (*Divinar. institut.* lib. VI, *De vero cultu*, cap. 5).

(3) Chateaubriand.